
A orillas de la vida y de la muerte

En las antiguas civilizaciones enclavadas en lo que hoy es Méjico, la religión, como en toda sociedad primitiva, ocupaba el centro vital alrededor del cual giraba todo el accionar humano. La única forma posible de concebir el Estado era la teocracia y el ordenamiento jurídico que regulaba las relaciones entre gobernante y deidad (o deidades), se convertía en código político; irrefutable elemento, sostén moral y legal de quien detentara el poder. Este esquema es común no sólo a Méjico sino a toda la sociedad americana precolombina. El temor hacia lo sobrenatural, a lo desconocido, al más allá, hacia del hombre americano una criatura presa de las sombras del misterio, de aquello que no se podía palpar, pero que se sabía existía en algún lugar ignoto, no sólo del universo sino también del pensamiento.

La llegada de los europeos al Nuevo Mundo modificó en mucho la cuestión religiosa, dada la imposición del cristianismo. Se derribaron los ídolos que representaban figuras inverosímiles, serpientes y dragones que producen más pánico que absorción por la fe; la cruz sustituyó al tótem, y el panteón judeo-occidental a la multitudinaria comparsa de semidioses. El rito dejó de ser bárbaro, el invisible poder que concedía las lluvias, la fecundidad en mujeres y cosechas y las victorias militares, no necesitó más de la sangre de esclavos y cautivos. Las pirámides escalonadas se convirtieron en catedrales y basílicas recargadas de churrigueresco. Pero el temor reverencial permaneció. Y es reverencial en el sentido en que la religión es motor y centro de todo el devenir social. El temor viene manifestado al consultar cada paso que se dé a la deidad, antaño pagana, después integrista, cristiana.

Poco a poco se llegó a la simbiosis resultante en la religiosidad de pueblos mestizos, como el mejicano. Mestizos tanto en etnia como en cultura. El mejicano es hoy tan cristiano como lo era ayer fiel devoto de Quetzalcoatl, sólo que han cambiado el rito y los dogmas, los edificios y los ropajes. De esta forma se presentan los personajes de Juan Rulfo, así actúan, es decir, así rezan, elevan sus plegarias para que llueva o se consolide la reforma agraria tantas veces prometida y aplazada. Fieros guerrilleros, o justicieros soldados gubernamentales, se sobrecogen ante la ingenua imagen de la Virgen o de un Cristo yacente y azotado. El temor reverencial sigue existiendo; la deidad como señor del otro mundo y patrón de vastísimos campos en la vida terrena, se encaran en personajes como Pedro Páramo, quien sólo puede sucumbir ante la arriesgada y decidida acción del parricidio. Es de la única forma en que el hombre, como criatura insignificante e indefensa ante lo sobrenatural de la deidad, puede ser algo más que un pedazo de barro: consumando una monstruosidad. Pero para ello tiene que armarse de valor que no está a su alcance y sí a través de métodos fácilmente expeditivos, como el alcohol, pero útiles a la hora de la suprema

decisión. Y es que el peso de lo superior, de lo religioso, es la losa aplastante que aniquila el entendimiento del americano primitivo y que continúa haciéndolo con el mestizo, máxime habiendo triunfado en la España de aquellos tiempos algo tan catastrófico como la Contrarreforma. Si la conquista de América *redujo crueles imperios* (Borges, *España*), a poco de producirse esa destrucción se empezó a perder el tiempo, pues la unión del trono y el altar que se inició en la Península, dejó intactas las relaciones clero-pueblo que prevalecían en las Indias antes del Descubrimiento. La religiosidad de los mejicanos es algo que es consustancial con la historia del país y que sólo logra un ligero cambio de fachada con la colonización española. No es de extrañar, por tanto, que en su literatura el tema se halle presente y que Rulfo, a cada paso, lo traiga a colación.

Los esfuerzos revolucionarios de Zapata y de Villa triunfaron aminorando la presencia de la religión y en hacer menos ostensible el control por parte de ésta del Estado. A diferencia de otros países de América Latina, en donde aquello de la dualidad trono-altar ha prevalecido, en Méjico por lo menos se ha disimulado y llevado a prácticas tan determinantes como regular la existencia de sacerdotes en los estados. Un número de curas según la población por metro cuadrado, como si de maestros o médicos se tratara. No ha ocurrido lo mismo con lo del reparto equitativo de la tierra, aspiración máxima de zapatistas y villistas. En cuanto a la reforma agraria, Méjico ha corrido igual suerte que los países Yucatán abajo. Toda una falacia, un engaño total, frustración política que hasta hoy día se viene pagando. La burla oficial, tema que inspira la epopeya de *Nos han dado la tierra*, es la prueba patente del fracaso de la Revolución y de la única opción a que se ven abocados los pueblos, la de la eterna subversión, guerras y matanzas sin ningún porvenir, alzamientos pseudorrevolucionarios que nada tienen de eficaz rebelión, pues la fuerza del ejército y la astucia del terrateniente en ocasiones, minan cualquier intento serio de desestabilización de la injusticia oficializada. Pedro Páramo no tiene demasiados problemas en comprar una revolución que se cierne a las puertas de sus dominios, con sólo ofrecer ayuda a los alzados. La inmadurez política y el despiste en cuanto a objetivos de éstos, salta a la vista al morder tan cándidamente el anzuelo arrojado por Pedro Páramo. Con ofrecerles hombres y dineros suyos, el terrateniente se asegura la paz y una seguridad que pueden durarle cuanto quiera, demostrándose de esta forma hasta qué punto ciertas revoluciones latinoamericanas no pasan de ser más que simples bravuconerías, fáciles de comprar a bajo precio. La obra rulfiana está llena de estos ejemplos, y el autor nos va dando una de cal y otra de arena, mostrándonos las dos caras de una moneda, el movimiento pendular de la historia política latinoamericana después de la Independencia. La falta de concienzación hace que sectores eminentemente populares se pleguen a los intereses de las clases dirigentes, en contra del pueblo a que pertenecen. Tal vez por el temor reverencial inspirado por la Iglesia católica, o aquel que directamente produce el patrón con su presencia, causan hondas divisiones en la masa popular, erigiéndose sectores de ésta en guardia pretoriana del poderoso terrateniente. Es así cómo un peón de Pedro Páramo, Damasio «el Tilcate», se presta a servir de caudillo de los «insurgentes», pagados y pertrechados por el amo. A cambio de poco (para el amo), pero mucho para Damasio, lo que podría colmar todas las

aspiraciones de la vida material. Nada menos que un rancho, con vacas y todo, y escriturado a su nombre para que no haya dudas. De un momento a otro, Damasio ha dejado de ser simple peón para convertirse en alguien respetable, con su nombre escrito en un pergamino oficial; al mismo tiempo se le ha ascendido a «general» de una partida de matones para defender a su señor.

De esta forma, el fracaso de la revolución está asegurado, por lo menos en lo que a la parte rural se refiere. No se necesitan grandes destacamentos de tropas ni una altísima moral en los hombres. Basta con comprar a unos cuantos. Y es que el Méjico de los años en que sucede *Pedro Páramo* es un país eminentemente rural, al igual que el resto de América Latina. Las ideologías tardan en llegar más allá del radio de agitación urbano, y cuando llegan es de una forma tergiversada, aumentada o disminuida, y en no pocas ocasiones manipulada. La transmisión oral se convierte también en arma contraria; la imposibilidad de un proselitismo textual tal y como se lleva a cabo actualmente, era tarea imposible en aquellos tiempos, dado el total analfabetismo. Por lo que cuando sonaba la hora de un levantamiento, nadie sabía a ciencia cierta contra quién iba a disparar. Rencores y viejos odios servían de acicate, más que una verdadera conciencia política.

También el temor-respeto por la Iglesia es, una vez más, incentivo de alzamiento. Cuando Damasio viene a rendirle cuentas a Pedro Páramo y a pedirle dinero para las tropas, el patrón le sugiere que asalte pueblos no adictos a su causa y los saquee. Que siga en el alzamiento, no alejándose de sus propiedades, al tiempo que le da cierta carta blanca para unirse al espadón que guste. Damasio «el Tilcuate» no duda en unirse a las fuerzas del cura Rentería. La revolución que se produce en el momento es la «cristera» de 1926-28, la que se pretende sea colofón de la de 1917, que limitó los poderes de la Iglesia. El clero rural logra influir por medio del temor a la condenación eterna en el pueblo devoto e ignorante y numerosos sectores se alzan y combaten fieramente a las fuerzas federales. De esta forma, los intereses del feudalismo se ven doblemente reforzados, pues no sólo la Iglesia se halla de su parte, sino el mismo pueblo.

Son años en que el país se ve sacudido por intensas transformaciones en el campo de la industria y de la minería y hace que extensas zonas se despueblen, y como sucede en toda emigración, lo más vital de su sociedad emprenda rumbos con mejores perspectivas. El estado de Jalisco, tierra de Rulfo, es afectada por el fenómeno. No sólo el fracaso de la Reforma Agraria sino las posibilidades de otra vida hacen que ingentes masas emprendan el camino de la vecina Guadalajara (la capital), sino también de Méjico y más allá de las fronteras patrias, los Estados Unidos... meta que aún persiste. La única solución de muchos latinoamericanos, la de emigrar al precio que sea y establecerse en el coloso del Norte. Vender lo poco que se tiene, acabar con el ancestral sistema de vida, como sucede en *El paso del Norte*, donde el protagonista deja a su mujer y a sus hijos en casa de su padre y decide probar fortuna en la tierra del ya poderoso dólar. La ingrata historia de nuestros días era ya una realidad. La frontera había que pasarla a nado y de noche; de pronto la «balacera» y el fin de la aventura, las ilusiones rotas, y volver andando a la tierra de origen. En *El paso...* nos enfrentamos a muchos de los aspectos tratados por Rulfo en su obra. No sólo la cuestión de la emigración como lacerante problema social, sino la del despotismo

familiar. El hombre, al irse y dejar a su familia en casa del padre, tiene que aguantar los reproches de éste por el abandono de la tierra, lo poco que posee, y que según un empecinamiento ciego, debería trabajar siempre. Asimismo, se trata de un padre tiránico, que le quiere cobrar al hijo la manutención de la familia mientras se encuentre fuera. También le augura el fracaso. Tal y como sucede. Al volver el protagonista tiene que enfrentarse al hecho consumado de su derrota, la penuria económica y la destrucción de la familia, ya que su mujer ha huido con otro. Todo esto se lo reprocha el padre a voz en cuello. Siempre la derrota, siempre la adversidad que puede más que el hombre y la fuerza de sus empresas. Las epopeyas y personajes rulfianos están marcados por el signo de la fatalidad, aunque el autor se esfuerce en enmascararlos con ciertos tintes humorísticos, sólo como acompañamiento de una prosa ágil y mágica. Pero lo dramático y lo adverso siempre han de prevalecer, como si fuese una constante en la naturaleza y en la vida del hombre mejicano. Claro resultado de la religiosidad precolombina y de los misterios insondables, los dogmas de fe y demás oscuridades del cristianismo han hecho del mejicano un pueblo proclive siempre a lo dramático-fatal, antes, durante y después de acometida cualquier empresa. En *El paso del Norte*, todas las predicciones del padre tiránico aciertan, y conforme se va desarrollando la acción, el pronóstico se cumple de forma inexorable. Es como una gasa oscura que envuelve todo el accionar y no deja resquicio para que el destino se equivoque y resulte un final feliz.

El idioma

Como en todos los países de América Latina, el castellano es en Méjico el idioma del pueblo. Esto es menos simple de lo que parece, si se compara con el resto del mundo colonizado por potencias europeas. Tanto en Africa como en Asia, donde dominaron imperios como el inglés o el francés, el idioma de la antigua metrópoli es oficial; pero hasta ahí. La población conserva sus dialectos que en algunos casos están siendo elevados a la categoría de idiomas. En Latinoamérica, gracias al mestizaje étnico-cultural, el castellano es propiedad del pueblo, prácticamente desde el inicio de la colonización. Hablado con sus características especiales en cada país, en Méjico cobra su entidad propia, una personalidad que le hace fácilmente distinguible entre todo el conjunto.

Se podría decir que el castellano de Méjico es perfecto, tomando como patrón al mejor de los modelos peninsulares. La pronunciación es completa, sin quitar ni añadir nada, con la excepción de los sonidos «c» y «z», que, como se sabe, son de uso reciente en España, ya cuando el castellano que hoy se habla en América era la lengua oficial de todo el Imperio. Tampoco las jotas fuertes, que sólo se usan de Despeñaperros para arriba. Los personajes de Rulfo usan un habla que, por supuesto no desprovista de modismos, es la de un entender perfecto para toda la comunidad tan vasta como la hispánica. Hay términos y nombres de cosas que son de clara procedencia indígena, pero que al estar en completa armonía dentro de la fase, no resultan extraños al sentido del discurso.

Hay autores latinoamericanos a los que únicamente se les puede leer en sus países

y con preferencia en sus regiones de origen. No sucede así con Rulfo. Y no creo que el escritor jalisciense se esfuerce demasiado en presentarnos un castellano depurado. Es que el mejicano medio maneja un buen idioma, acaso achacándole únicamente el excesivo uso de los pronombres. Ejemplo: «te estoy hablando yo a ti», «espérame tú a mí», etc. Más que recargado el lenguaje, lo hace jocoso, vivo y de una riqueza poco común. Menos rebuscado inclusive que el que se habla en España, donde el pernicioso uso de pleonasmos (subir arriba, bajar abajo, salir afuera, etc.) hacen innecesario un reforzamiento del mensaje.

Si Rulfo tiene obra en verso es una lástima que no se conozca. La visión que tendríamos de su maestría en el manejo del lenguaje —o mejor, en la traslación que de él hace por medio de sus personajes— sería más amplia que la que de momento poseemos. Nótese que el mismo tono narrativo es común tanto en *Pedro Páramo* como en los relatos de *El llano en llamas*. No cambia para nada, ni siquiera cuando el narrador está en primera persona o en voz neutra. En la primera de las acepciones, es curioso el modo confesional con que se expresan los protagonistas; la transmisión de una culpabilidad (nuevamente el profundo sentido religioso) queriendo explayarse en el relato y encontrando en la minuciosidad descriptiva una purga por la pena cometida. La dicción y el lenguaje empleado son los mismos que hallamos en la conversación de un mejicano cualquiera, al margen de la importancia o la banalidad del tema tratado.

El tono de los personajes rulfianos impresiona por la sencillez empleada que en muchos pasajes de la obra puede transformarse en crudeza. Crudeza ingenua, como la demostrada en *La cuesta de las comadres*, en que el protagonista narra cómo mató a Odilón Torrico con una aguja con la que remienda un costal. Se trata de un lance de defensa personal, legítima, pues de no llevar a cabo la acción moriría, ya que el otro viene a matarle por creer que ha asesinado a su hermano. Lo patético estriba en que la aguja, como elemento laboral, sirve al mismo tiempo de defensa, conectando aquí con tantos y tantos pasajes de la historia latinoamericana, en que el machete, herramienta agrícola por excelencia, se convierte en arma de guerra a la hora de las sublevaciones. También es espeluznante la forma como decide introducirle la aguja a su oponente y luego sacársela para volverlo a herir en el sitio donde cree que tiene el corazón. Todo de una forma fría, irreflexiva, sólo dejándose llevar por la intuición y la vicisitud del momento.

La magia

Al iniciar el recorrido por la obra de Rulfo, es como si se llegara a otro planeta. Escenarios desérticos, azotados por la sequía y la emigración nos introducen en un mundo donde el Apocalipsis es reciente, pero en el que han quedado sobrevivientes y con ellos es menester conversar. O escuchar. Porque inmediatamente toman la palabra, con el relato de acciones suspendidas, entretejiendo a cada frase una historia que no parece de este mundo por lo de real-fantástico que tienen sus trazas. Pero inmediatamente, la humanidad material de quienes circulan por ese universo desolado, nos mete en el ambiente y el lector se convierte en protagonista, dejándose llevar por la cadencia que es perceptible en el lenguaje. Porque para leer a Rulfo es aconsejable

hacerlo con acento mejicano. Canturreando vocales, se logra una mayor identificación con el ambiente y entonces el mensaje llega más puro, con valor redoblado, que si se leyera con frialdad y distancia empleando el acento regional propio del lector. De escenificarse, es decir, de llevarse al cine o al teatro, los personajes de *Pedro Páramo* o *El llano en llamas*, forzosamente tendrían que hablar con la cadencia mejicana.

Y es aquí donde la obra de Juan Rulfo adquiere su máxima cuota mágica. En la mejicanidad. No hay necesidad de haber estado en ese país, para con un poco de sensibilidad darse cuenta de lo mágico de su geografía, su historia y sus gentes. Primitivo, cerril, brusco si se quiere, pero también debe verse la capacidad del mejicano para convertir todas esas rudezas en poesía. La bravuconería y el pillaje, el machismo y el alcoholismo, son desgracias que en su momento preciso sirven de materia prima al artista, llámese éste poeta o músico, dramaturgo o plástico, con preferencia en este caso de los muralistas. Rulfo, aunque sin detenerse demasiado en la descripción del paisaje, no prescinde de él, ya que el paisaje lo llevan los personajes metido en su ser, salta a la vista; si hay sequía en el campo, en el hombre el fenómeno se refleja, va con él, le acompaña y es como si en su trajinar por la vida no hubiera ni una sola gota de agua. En *Luvina*, por ejemplo, las malas condiciones climáticas han hecho que los habitantes abandonen el pueblo. Un viejo relata lo que ha pasado y le aconseja a un joven visitante no ir por allá, a ese infierno por el que sólo andan los espectros. Pero el viejo, con todo y la fatalidad, no se ha ido de forma definitiva del lugar y permanece en él como en un intento de recuperar algún día la iniciativa y empezar a ganarle terreno a la adversidad.

Una gesta que parece contradictoria, pero no lo es, pues el hombre es a la tierra como el ave al cielo. No obstante, la sequía que precipita el abandono de los campos, persiste la esperanza que llueva algún día y el desierto se convierta en un vergel. Hay, como siempre en Rulfo, el arropo de la religión y el misterio de la muerte. Dos elementos que hacen más fuertes al hombre, dado que hinchán su fe y le arman contra la calamidad, engendrando dentro de él una especie de coraza espiritual con la que construye toda una mitología. Magia que hace que las rulfianas sean epopeyas aprehensibles en un segundo término, más allá de donde radican materia y tangibilidad. Nunca la naturaleza es desafiada por el hombre como cuando en *Nos han dado la tierra* el campesinado parece ignorar la burla oficial de que ha sido objeto. Por supuesto que son conscientes del engaño y sin embargo, cruzados de una eterna hornada, se disponen a sacar de aquellos terrenales la vida y el sustento. La fe se convierte en conjura permanente, en religión inventada a cada segundo, y es cuando más aparece la magia, lo irreal, pero nunca lo inverosímil, lo absurdo. A primeras de cambio sí puede aparecer absurdo, pero dadas las condiciones políticas que han hecho posible la concesión del llano desierto, el único camino que le queda al hombre es el de inventar la vida y para ello hecha mano de la magia. Rulfo se convierte en notario, en simple amanuense de una realidad y de unos hechos que son la historia viva de su pueblo. Rulfo no inventa la magia, sólo se deja impregnar de ella, permitiendo que su prosa sea nada más que un instrumento útil para comunicar el mensaje.

La comunicación ultraterrena que tienen ciertos personajes con sus congéneres que todavía están en la otra vida es el aspecto que más sobresale en la obra de Rulfo en

cuanto a la magia se refiere. Lo inverosímil se convierte en real, presente y concreto, ya que el hombre mejicano hace de lo incognoscible algo material, cotidiano, de llevar también por casa como en el surco y la taberna. Es normal el diálogo de muertos, ya que en vida éstos hablaban con difuntos y ahora no hacen más que confirmarnos esa comunicación que jamás se ha interrumpido. Si en la valentía tópica del mejicano hay un desprecio por la vida, ante el fenómeno de la muerte existe el sobrecogimiento y respeto traslucido en terror, espanto que se vuelve fe, mito, y todo en un círculo cerrado; la religión, sincretismo entre lo pagano autóctono y lo cristiano español.

Respecto al incesto, Rulfo no es el único autor latinoamericano que lo trae de forma real. Parece como si esta aberración fuese moneda común en las relaciones familiares del subcontinente; así lo podría pensar perfectamente un europeo, pero no hay tal. El incesto se da en la sociedad latinoamericana al igual que en las demás partes del mundo, lo que ocurre es que en la literatura brota de una manera digamos que espontánea, acaso obedeciendo a cierta morbosidad por parte del autor. *En la madrugada*, un viejo terrateniente vive con su sobrina, pero aquí la relación no está basada en la acostumbrada prepotencia del fuerte sobre el débil, sino en el amor. El viejo se lamenta que estas cosas sean mal vistas por el cura, a quien le horrorizaría la sola mención de un casamiento, diciendo que es un incesto y se armaría un lío grandísimo. La sobrina, por lo menos en la narración, es un ente sin voz ni voto, sólo se estremece cuando su madre (hermana del viejo) la insulta, llamándola prostituta. También en *Macario* hay una especie de incesto, pero en este caso es psicológico, ya que Macario es un niño huérfano recogido por su madrina y a quien acompaña una mujer adulta, la cual gusta de la compañía íntima del menor. Las cosas, por supuesto, no tienen la trascendencia que pudieran tener entre mayores, pero el hecho está ahí, patente, ya que la mujer efectúa en principio una acción cercana a la maternidad que a la postre se transforma en otra diferente. También en un pasaje de *Pedro Páramo* se consuma una relación incestuosa entre dos hermanos. En *Talpa* se ve reflejada una variante del incesto. El protagonista, Tanilo Santos, emprende una romería a un santuario a fin de curar una dolencia que sin duda lo llevará a la muerte. Le acompañan su mujer y su hermano, entre los cuales nace una relación sentimental que no se atreven a llevar a otro campo hasta que no exista el impedimento. El inferno no puede más con su cuerpo y ellos le obligan a caminar, no ya para que llegue hasta el santuario sino para que se debilite aún más y muera.

El peso de conciencia, el remordimiento, es una de las constantes rulfianas y se pone de relieve en *Talpa* cuando los dos adúlteros, para aplacar al juez interior que les acusa por dentro, entierran al muerto bajo un pesado promotorio de piedras. Igualmente sucede en *Anacleto Morrones*, donde el autor del crimen pone piedras y más piedras sobre la tumba de su víctima. El muerto fue en vida un individuo apto en mil y una mañas y puede salirse de la tumba. Pero lo que el asesino trata de poner en paz es su conciencia y no ahuyentar el temor que el otro escape y le cobre la deuda de haberle matado.

Sin duda, la cuestión religiosa interviene poderosamente a la hora del cargo de conciencia. Tanto el cristianismo como las antiguas creencias precolombinas hacen

especial hincapié en este punto, pues el temor a la condenación eterna alimenta el remordimiento.

El pillaje como consecuencia de la revolución desordenada es uno de los ambientes propicios en que se desenvuelven las epopeyas de Rulfo. El típico bandido mejicano, el de la filmografía, aparece a cada momento con su carga humana y emocional como héroe y antihéroe, alternativamente. Pero siempre hay en sus acciones algo como que le justifica, como si las inmensas privaciones le hayan empujado a emprender el camino al margen de la ley y toda la estructura narrativa montada por el autor contribuya a defenderle. Las sequías, la desertización progresiva, los temporales, etcétera, unidos a la inseguridad que proporciona tanto brote de violencia, es el escenario natural en que tiene que desenvolverse un mundo delictivo. Salteadores de caminos como los protagonistas de *La cuesta de las comadres*, no pueden tener otro papel en la vida que el que han escogido. Creadores de su propia picaresca, saben que su final será el trágico, y a veces buscan acelerarlo, ya sea por medio de abiertos desafíos, como uno de los Torricos, quien escupe un trago de mezcal a la cara de un miembro de un bando rival a sabiendas de que la venganza será la muerte. Su hermano, a su vez, procede a vengarlo encontrando la muerte a manos del que remienda el costal.

Pillaje, alcoholismo y bravuconería, forman parte de un mundo primitivo en abierta expectativa con lo ocurrido alrededor, es decir, las leyes del gobierno y las ideas que portan revolucionarias o incendiarios que llegan de lejos.

Preponderancia del varón como rector de todo lo social y sumisión de la mujer, para quien la única salida en el mundo rulfiano sólo puede ser el matrimonio, y en ocasiones, la prostitución. Esta no viene presentada del modo clásico, es decir, descrita en escenarios que hablen de casas o barrios de tolerancia. Sólo está insinuada la posibilidad ante la penuria económica de una familia que ya ha visto marchar dos de sus hijas hacia el ingrato destino. En *Es que somos muy pobres*, la familia ve arruinado su patrimonio por un temporal; las aguas crecidas se llevan una vaca que debería servir de sustento a la hija que queda. Las otras dos se han convertido ya en prostitutas. El caso sirve para ilustrar el papel secundario de la mujer y cuáles son sus destinos. Siempre es objeto de raptos, violaciones y penurias por el abandono del hombre que la deja sola al frente de la vida. Ya en *Pedro Páramo* hallamos una sublime contradicción, pues el todopoderoso señor es presa de un amor apasionado; aunque la mujer muere de muerte natural, ella es el único ser de este mundo que ha podido ablandar la resistencia del terrateniente, señor de vidas y haciendas, amo absoluto del mundo que le rodea. La mujer, enferma frágil, no sólo de cuerpo sino también de espíritu. No obstante es quien hace que en Páramo se produzca una gota de bondad, que su atrabiliaria personalidad se torne un tanto humana.

Juan Rulfo es un autor reposado y habría que inquirir de él mismo el porqué de su poca prolijidad. Pero bastan los dos libros conocidos y sus otros textos para cine, etcétera, para que su obra cobre la entidad que ya tiene entre las letras hispánicas. El estilo de Rulfo no es de fácil definición, por lo que es más prudente esperar que el tiempo sitúe su narrativa en una escuela o movimiento determinado. Algún sector de la crítica le cuenta en las filas del realismo mágico, y no estaría tan desenfocada la

rotulación. Abundando en la prudencia, creo que se necesita más tiempo para que la literatura de Rulfo, por sí sola, ocupe el lugar que se merece en el altar de la consagración popular. Aún en España y en muchos países de Latinoamérica se le conoce mal, acaso por lo escaso de su producción.

¿Es la narrativa de Rulfo costumbrista? Aunque esta escuela haya caído en desuso, a cada momento nos encontramos obras que con todos los honores merecen dicho título. Rulfo es un escritor de la tierra, de su tierra, impregnado de su paisaje y psicología. Parte de Méjico y vuelve a él, casi sin pasar por otras latitudes en busca de analogías; con seguridad, Rulfo ha investigado lo suyo y hecho sus comparaciones, pero sólo para alumbrarse mejor el camino. Para no dar palos de ciego.

La escasa producción de Juan Rulfo se parece a un silo: de ella pueden sacarse millones de semillas.

MIGUEL MANRIQUE
Palomares, 7, 3.ª D
LEGANES
(Madrid)